

En esta ocasión, el tema tratado en nuestro monográfico se desborda ampliamente a lo largo y ancho de este número. Por ejemplo, en las secciones «Memorias de Clío», donde el texto de Juan Pablo Maldonado García sobre los viajes entre una y otra orilla del mar en los tiempos prehistóricos nos remite a la antigüedad conocida de los primeros pobladores que lo habitaron. Asimismo, Antonio Notario también se acerca al alma del Mediterráneo a través de la música; y tras él, Ángel Poncela González nos sumerge en la apasionante concepción islámica del conocimiento, ambos en sus respectivas contribuciones en la sección «Estéticas». Por su parte, Fernando Benito, en la sección «Nuestros clásicos», comenta la obra del escritor italiano Curzio Malaparte, quien, aun habiendo nacido en el norte de la península itálica, concedió en la obra analizada, *La piel*, un especial interés a las vicisitudes del pueblo napolitano, tan maltratado por la geografía y la historia.

En «La crítica», Daniel Linder se adentra en los terrenos de la edición y el cine para relacionar los conceptos de novela, cine y censura a través de lo acontecido con una novela de Raymond Chandler. También en el campo de la interdisciplinariedad, ya en «Tercera cultura», Juan Hernández Herrero disecciona los términos médicos ocultos por las transformaciones de la historia de la lengua que se pueden encontrar en el Quijote. E igualmente, en la misma sección, los dos relatos de Emiliano Jiménez nos acercan a la importancia de los conocimientos geológicos para ver en toda su riqueza cuanto hay a nuestro alrededor, ya sea en el arte, ya en el paisaje. Juan Miguel Zarandona evoca, por su parte, el paniberismo en la sección «Palabras de Poniente» y Manuel José de Lara y Mar Martín nos regalan la estética de sus versos e imágenes, respectivamente, en las páginas finales del volumen, cerrado como es costumbre por las noticias más importantes generadas por la Fundación Academia Europea de Yuste.

El gran conocedor del Mediterráneo que fue Fernand Braudel, a quien en algún momento habrá que dedicar el apartado que esta publicación dedica a los clásicos del europeísmo, escribió refiriéndose a su antigüedad que «por muy amplio que sea el Mediterráneo [...] nunca se encerró en su propia historia. Rápidamente franqueó sus límites»¹. Hoy, cuando nuevamente los acontecimientos llaman a su puerta, los pueblos mediterráneos deben una vez más tomar el protagonismo que la Historia les ofrece para continuar siendo ellos mismos los dueños de su futuro. Lejanos quedan ya los tiempos en los que, en un siglo decimonónico que aún veía lejano el declive occidental, un historiador de la talla de Jacob Burckhardt se atrevía a referirse al Mediterráneo como «la humanidad activa por excelencia»². Sin embargo, la Unión Europea precisa del Mediterráneo y este necesita a aquella. Tal es el motivo principal por el que ambos están llamados a una enérgica colaboración que devuelva a

la región al primer plano de la actualidad mundial. Esto pasa, inevitablemente, por solucionar algunos problemas de carácter geopolítico de interés vital no sólo para el área, sino para el conjunto del planeta, y una vez más la estrecha colaboración de europeos, africanos y asiáticos se torna la pieza clave de cualquier relación.

Cuando Matvejevic evoca el pasado detalla cómo «a lo largo de las costas mediterráneas pasaba la ruta de la seda, se cruzaban las rutas de la sal y las especias, del aceite y los perfumes, del ámbar y los adornos, de los útiles artesanales y las almas, de las tecnologías y el saber, del arte y la ciencia. Los emporios helénicos eran a la vez centros comerciales y diplomáticos. Por las vías romanas se extendían el imperio y la civilización. Del suelo asiático vinieron los profetas y las religiones. Europa se gestó en el Mediterráneo»³. Quienes no son de aquí tal vez ignoren todo esto, o incluso lleguen a olvidarlo. Pero los pueblos del Mediterráneo deberían tenerlo en cuenta cada día, pues un pasado esplendoroso compartido constituye el mejor punto sobre el que impulsarse hacia un futuro común. Solo manteniendo su personalidad, el conjunto ribereño del Mediterráneo continuará siendo el coleccionista apasionado del que hablaba Matvejevic. En él deberá Europa reaprender aquella capacidad de Roma para asimilar lo perdurable que le confirió la eternidad.

NOTAS

1. Fernand BRAUDEL, *Memorias del Mediterráneo. Prehistoria y Antigüedad*. Madrid, Cátedra, 1998, p. 34.
2. Jacob BURCKHARDT, *Juicios sobre la historia y los historiadores*. Buenos Aires/Madrid, Katz, 2011, p. 17.
3. Predrag MATVEJEVIC, *Breviario mediterráneo*. Barcelona, Anagrama, 1991, p. 20.

